

CONFESIONALIDAD REFORMADA

Segunda Confesión Helvética

Henrique Bullinger · 1566

MUESTRA

Índice

Introducción (comienzo)

Capítulo I. De la Sagrada Escritura, verdadera Palabra de Dios

Tapa dura, 5,5 × 8,5 pulgadas, 182 páginas.

Páginas tal como se imprimen en el libro.

catolicismoreformado.com

Índice

Introducción	1
Sobre esta edición	13
Prefacio	17
Edicto imperial	21
Símbolo de Dámaso	23
I. De la Sagrada Escritura, verdadera Palabra de Dios	25
II. De la interpretación de las Sagradas Escrituras, y de los padres, los concilios y las tradiciones	29
III. De Dios, de su unidad y de la Trinidad	32
IV. De los ídolos o imágenes de Dios, de Cristo y de los santos	35
V. De la adoración, el culto y la invocación de Dios por el único mediador Jesucristo	38
VI. De la providencia de Dios	42
VII. De la creación de todas las cosas, de los ángeles, del diablo y del hombre	45
VIII. De la caída del hombre, del pecado y de la causa del pecado	48
IX. Del libre albedrío y, por ende, de las fuerzas del hombre	52
X. De la predestinación de Dios y de la elección de los santos	58
XI. De Jesucristo, verdadero Dios y hombre, único Salvador del mundo	62
XII. De la Ley de Dios	71

XIII.	Del Evangelio de Jesucristo; asimismo, de las promesas, del Espíritu y la letra	74
XIV.	De la penitencia y conversión del hombre	78
XV.	De la verdadera justificación de los fieles	85
XVI.	De la fe y las buenas obras, de su recompensa y del mérito del hombre	89
XVII.	De la Iglesia católica y santa de Dios, y de la única cabeza de la Iglesia	96
XVIII.	De los ministros de la Iglesia, de su institución y de sus oficios	107
XIX.	De los sacramentos de la Iglesia de Cristo	121
XX.	Del santo bautismo	129
XXI.	De la sagrada Cena del Señor	133
XXII.	De las reuniones sagradas y eclesiásticas	141
XXIII.	De las oraciones de la Iglesia, del canto y de las horas canónicas	144
XXIV.	De las fiestas, los ayunos y la elección de los alimentos	147
XXV.	De la catequesis y del consuelo o visita de los enfermos	152
XXVI.	De la sepultura de los fieles y del cuidado que ha de tenerse por los muertos, del purgatorio y de la aparición de los espíritus	154
XXVII.	De los ritos, las ceremonias y las cosas indiferentes	157
XXVIII.	De los bienes de la Iglesia	160
XXIX.	Del celibato, el matrimonio y el gobierno de la casa	162
XXX.	De la autoridad civil	165
	Índice analítico de materias	169

Introducción

Henrique Bullinger y la catolicidad de la fe reformada

A Henrique Bullinger se lo ha llamado «el reformador olvidado» del siglo XVI. La etiqueta sorprende, porque el hombre que dirigió la iglesia de Zúrich durante casi medio siglo tras la muerte de Zwinglio no fue una figura menor. A los ojos de sus contemporáneos «estaba al mismo nivel que el ginebrino». Según McKim y West, en la negociación de un texto confesional común prevalecieron sus posiciones, no las de Calvino. Ya en 1904 Gustav von Schultheß-Rechberg lo resumía así: «Calvino fue el maestro; Bullinger, el padre de las iglesias reformadas»¹. Recordarlo no es nostalgia erudita. La tradición reformada nunca cupo en un solo nombre, y pocas obras lo enseñan mejor que la confesión que Bullinger dejó a la posteridad casi sin proponérselo.

EL *Antistes* DE ZÚRICH

Hijo de un clérigo de Bremgarten, Bullinger (1504-1575) estudió en la escuela latina de Emmerich, marcada por la *devotio moderna*. Pasó luego a la Universidad de Colonia, donde se graduó en artes en 1522 y leyó por su cuenta a los Padres y a los escolásticos. Abrazó la Reforma no por la predicación de Zúrich, sino leyendo a Lutero y a los Padres de la Iglesia. Esa formación patristica marcaría toda su obra. En 1531, tras la

¹ Gordon 2004, 17; Locher 1981, 293; McKim y West 2022, cap. 1. El dicho, en Koch 1968, 431 y 453.

muerte de Zwinglio en Kappel, asumió el oficio de *Antistes* —pastor principal— del Grossmünster, que ejerció durante cuarenta y cuatro años, hasta su propia muerte².

Desde Zúrich mantuvo una correspondencia que abarcaba toda Europa. Se conservan unas 12.000 cartas de su archivo, unas 2.000 de su puño, cruzadas con Lutero, Melanchthon, Calvino, Bucero, Cranmer y Eduardo VI, entre muchos otros. Por ese medio llegó su influjo, y más tarde su confesión, a los confines del continente. El vínculo con Inglaterra merece mención aparte. Bullinger hospedó a protestantes ingleses que huían de la persecución de María Tudor, y muchos de ellos, ya obispos bajo Isabel I, siguieron pidiéndole consejo. Schaff habla de una «comunidad fraterna» entre la Iglesia anglicana y las reformadas suizas, cuando «el episcopado no se consideraba aún la única forma válida del ministerio cristiano». Sus *Décadas* fueron en Inglaterra, después de la *Institutio* de Calvino, la mayor autoridad teológica. En lo personal, en 1529 se casó con Anna Adlischwyler, antigua monja. El matrimonio duró más de treinta y cinco años y de él nacieron once hijos, ocho de los cuales llegaron a la edad adulta³.

GÉNESIS DE UNA CONFESIÓN PERSONAL

La Segunda Confesión Helvética no nació como encargo oficial. Su forma primitiva fue un texto que Bullinger redactó

² Gordon 2004, 18 y 25; Stephens 2019, 15, 19 y 22; Campi 2016, 93; Locher 1981, 292; Schaff 1877, 390.

³ Cartas: Timmerman 2015, 16, n. 27; Gordon 2004, 21; McKim y West 2022, prólogo de Campi. Inglaterra: Schaff 1877, 391-392 y 394, n. 2. Matrimonio: Timmerman 2015, 13; Campi 2016, 94.

CAPÍTULO I

De la Sagrada Escritura, verdadera Palabra de Dios

De Scriptura sancta, vero Dei Verbo

*Escritura canónica · La Escritura enseña plenamente toda piedad ·
La Escritura es Palabra de Dios*

[1] Creemos y confesamos que las Escrituras canónicas de los santos profetas y apóstoles de ambos Testamentos son la verdadera Palabra misma de Dios, y que tienen autoridad suficiente por sí mismas, no de parte de los hombres. Pues Dios mismo habló a los padres, a los profetas y a los apóstoles, y todavía nos habla por medio de las Sagradas Escrituras. Y en esta Sagrada Escritura tiene la Iglesia universal de Cristo expuesto con toda plenitud cuanto atañe tanto a la fe salvífica como a la recta ordenación de una vida grata a Dios. Por lo cual está expresamente mandado por Dios que nada se le añada ni se le quite. Consideramos, por tanto, que de estas Escrituras se han de extraer la verdadera sabiduría y piedad, la reforma y el gobierno de las iglesias, la instrucción en todos los deberes de piedad y, en fin, la aprobación de los dogmas, así como la reprobación o la refutación de todos los errores, y también todas las amonestaciones, conforme a aquello del Apóstol: «Toda

la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir», etc. (2 Ti 3). Y de nuevo: «Esto te escribo —dice el Apóstol a Timoteo, en el capítulo 3 de la primera carta— [...] para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios», etc. Y el mismo, otra vez, a los tesalonicenses: «Cuando —dice— recibisteis de nosotros la palabra, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios», etc. (1 Ts 2). Pues el Señor mismo dijo en el evangelio: «No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de mi Padre que habla en vosotros. Así pues, el que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha»⁷.

La predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios ·

La iluminación interior no suprime la predicación externa

[2] Por consiguiente, cuando hoy esta Palabra de Dios se anuncia en la Iglesia por predicadores legítimamente llamados, creemos que se anuncia la Palabra misma de Dios y que los fieles la reciben, y que no se ha de inventar otra Palabra de Dios ni esperarla del cielo; y que, ahora, se ha de atender a la Palabra misma que se anuncia, no al ministro que la anuncia; el cual, aunque sea malo y pecador, no por ello deja de ser, sin embargo, verdadera y buena la Palabra de Dios. Y no juzgamos que aquella predicación externa deba parecer inútil por el hecho de que la enseñanza de la verdadera religión dependa de la iluminación interior del Espíritu, a causa de lo que está escrito: «No enseñará ninguno a su prójimo. Porque todos me conocerán». Y: «Nada es el que riega ni el que planta, sino Dios, que da el crecimiento». Pues, aunque nadie venga a Cristo si

⁷ Al margen: Mt 10; Lc 10; Jn 13. Bullinger funde aquí Mt 10:20 y Lc 10:16. En Mt 10:20, donde la Reina-Valera 1960 lee «el Espíritu de vuestro Padre», su latín dice «de mi Padre».

no es atraído por el Padre celestial e iluminado interiormente por el Espíritu Santo, sabemos, no obstante, que Dios quiere absolutamente que la Palabra de Dios sea predicada, también en lo externo. En verdad, Dios habría podido instruir a Cornelio, en los Hechos, por su Espíritu Santo o por el ministerio de un ángel, sin el ministerio de san Pedro; y, con todo, lo remite a Pedro, acerca del cual dice el ángel: «Él te dirá lo que es necesario que hagas». Pues aquel mismo que ilumina en lo interior dando a los hombres el Espíritu Santo, ese mismo mandó a sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Por eso, Pablo predicó exteriormente la palabra a Lidia, vendedora de púrpura en Filipos, mientras que el Señor le abrió interiormente el corazón a la mujer; y el mismo Pablo, tras disponer una elegante gradación, concluye finalmente en Romanos 10: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Reconocemos, entretanto, que Dios puede iluminar a los hombres aun sin ministerio externo, a quienes quiera y cuando quiera: cosa que es propia de su poder. Pero nosotros hablamos del modo acostumbrado de instruir a los hombres, transmitido a nosotros por Dios tanto por precepto como por ejemplo⁸.

Herejías · Apócrifos

[3] Execramos, por tanto, todas las herejías de Artemón, de los maniqueos, de los valentinianos, de Cerdón y de los marcionitas, que negaron que las Escrituras procedieran del Espíritu Santo, o bien no recibieron algunas de ellas, o las interpolaron

⁸ Al margen: Jer 31; 1 Co 3; Jn 6; Mr 16; Hch 16. El relativo «el cual» remite al ministro, pero «verdadera y buena» se dice de la Palabra de Dios. La construcción es de Bullinger: aunque el ministro sea malo, la Palabra sigue siendo verdadera y buena.

y corrompieron. Entretanto, en modo alguno ocultamos que algunos libros del Antiguo Testamento fueron llamados por los antiguos «apócrifos», y por otros «eclesiásticos», por cuanto quisieron, ciertamente, que se leyeran en las iglesias, pero no que se adujeran para confirmar con ellos la autoridad de la fe. Así también Agustín, en el libro 18, capítulo 38 de *La ciudad de Dios*, recuerda que en los libros de los Reyes se aducen los nombres y los libros de algunos profetas, pero añade que estos no están en el Canon y que, para la piedad, bastan los libros que tenemos.